

RECUERDO DE ANTONIO CAPARRÓS*

FERNANDO GABUCIO
Universidad de Barcelona

Como es natural, los fallecimientos suelen implicar toda una serie de actos sociales de despedida. En el caso de Antonio Caparrós, algunos de los que estamos hoy aquí nos encontramos primero en el tanatorio, y luego en el acto de despedida que se celebró en la basílica de Santa María del Mar. Y hemos vuelto a vernos hace pocos días en el homenaje tributado por la Universidad de Barcelona. Después de esos actos sociales amplios y abiertos, de una u otra manera llega el momento, tras cualquier fallecimiento, en que los más allegados tienen un momento de encuentro algo más privado. Y entonces la desolación es aún mayor. La ausencia se hace más patente, el vacío es mucho más sonoro. Esa es la sensación que tengo yo al venir hoy aquí con la intención de recordar a Antonio Caparrós en este círculo. Me parece también que en esas circunstancias, las conversaciones son más entrecortadas, se hace más difícil hablar, y las miradas y los abrazos acaban diciendo más que las palabras. Hay tantos tácitos, y acostumbran a ser tan densos, que casi cualquier manifestación explícita tiene algo de inoportuna, de excesiva. Se me hace difícil, creo que por esa razón, cumplir con la misión que se me ha encomendado.

Desde hace un año y medio, o casi dos, un tema de conversación esporádico pero recurrente entre algunas personas de nuestro departamento, y en ocasiones también con personas de otras universidades, era el de qué haría Antonio Caparrós al finalizar su segundo mandato como rector de la UB. ¿Iba a volver al departamento? ¿Seguiría por completo entregado a tareas de política universitaria? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Haría ambas cosas?

*Texto leído en la reunión «intermedia» de la Sociedad Española de Historia de la Psicología (15 de diciembre de 2001)

¿Iba a enlazar el sabático al que tenía derecho con la jubilación? Jugábamos con esas ideas pero no teníamos ningún indicio mínimamente fundado para que alguna hipótesis prevaleciese sobre otras. Acabábamos a veces apostando al respecto. No en serio, por supuesto, sino como forma de opinar a falta de indicios claros. La última vez que yo le ví y estuve con él fué en el funeral de Angel Rivière. Dijo entonces, o quizás sólo lo dijo a entender, que estaba cansado, que le apetecía jubilarse y que se veía en Mallorca, tranquilo y retirado del mundanal ruido (seguro que no lo dijo con estas palabras pero yo entendí ese sentido). No me lo creí en absoluto porque yo era incapaz de imaginármelo de esa guisa. Sencillamente, no le había visto nunca descansando. Me parecía imposible que Antonio pudiera anhelar la vida del jubilado. ¿Qué iba a hacer con su energía, con su dinamismo, con su capacidad de trabajo, con su optimismo, con su tremenda vitalidad?

Después de su muerte he leído dos comentarios suyos con respecto a ese futuro que nosotros no lográbamos imaginar. Uno apareció en una entrevista publicada en el diario "Avui" el día 28 de mayo (Lo he recogido ya en un escrito dedicado a su memoria que ha publicado *Estudios de Psicología*, 2001, 22(2), 131-135). El periodista le preguntaba que pensaba hacer al dejar el rectorado. Y él respondió esto: "Tengo previsto tomarme un año sabático. Descansar un poco, leer, hacer algún viaje a Inglaterra o Alemania, publicar algunos artículos... Pero con tranquilidad. Después, mi dedicación será a la universidad, no sé hacer ninguna otra cosa"

El otro episodio lo contó Gabriel Ruiz en un correo electrónico dirigido a los miembros de la Junta de nuestra Sociedad el 31 de mayo, muy poco después del fallecimiento, y que me voy a permitir citar aquí. Recreando con calidez el que fuera su último encuentro con Antonio, explicaba cómo éste le había dicho que "quería tomarse un sabático, ponerse a estudiar ("Gabi, me tengo que poner al día"...) y volver a (la) facultad y a nuestras reuniones. En ese momento sus ojos dejaban escapar una ilusión que apenas podía contener".

Cuento todo esto porque Antonio Caparrós hubiera debido estar aquí, hoy, con nosotros, dándonos palmadas y pellizcos, participando en los comentarios que luego se suscitarán acerca de Simarro y de las presentaciones de Javier Campos, Javier Bandrés y Helio Carpintero, sonriendo y haciendo pequeñas y discretas travesuras en medio de esas presentaciones, participando, preguntando cosas a todo el mundo, bromeando, encontrándose con amigos, disfrutando, como él solía, de cada espора de vida.

Todo eso lo sabemos todos muy bien. Y lo sabemos porque su manera expansiva, abierta, afable y lúdica de estar en el mundo lo mostraba continuamente. Pero esos rasgos tan notables y que nos resultan tan

familiares a todos no deberían, creo, ocultar, ni siquiera dejar en un segundo plano, su trabajo como profesor y como historiador de la psicología. Es cierto que su intensa dedicación al rectorado de la Universidad de Barcelona durante los últimos años ha implicado inevitablemente una menor presencia y actividad suya en el seno de la Sociedad, pero, aunque fuese de lejos, y de un modo u otro, solía apañárselas para “estar en todo”.

En las páginas que escribí para *Estudios de Psicología* quise captar lo que a mí me parecen trazos fundamentales de su trabajo como historiador de la psicología. Me parece oportuno recordarlos aquí, hoy. No son desde luego intento de síntesis alguno, ni mucho menos balance de su trabajo. Para poder hacer algo así faltan probablemente años, distancia y sedimentación. Y falta, además, reconstruir el fondo histórico, cultural, político, universitario, científico, ideológico, de sus años de producción intelectual. Estamos ahora navegando sobre ese fondo, o sea, en pésimas condiciones para intentar describirlo y explicarlo. Así que lo que sugiero es más bien como un croquis de urgencia, un par de garabatos en un trozo de papel que quizá puedan ser de alguna utilidad cuando alguien se ponga a trazar el mapa, pero que sobre todo cumplen la función, en el momento de anotarlos, de señalar que hay cosas que no queremos olvidar.

El primero de esos rasgos es el de su interés sostenido a lo largo de los años, y cultivado en múltiples escritos, por toda la psicología. No creo que sea una peculiaridad idiosincrásica de su modo de aproximarse a la historia de la psicología. Otros historiadores de la psicología lo comparten y lo cultivan también. Pero es una opción casi completamente ajena a la inmensa mayoría de los psicólogos académicos. Hay en esto una suerte de paradoja. La historia de la psicología, que acostumbramos a ver como una subdisciplina psicológica —o como una subdisciplina a caballo entre la psicología y la historia— es en cierto sentido, y creo que es uno de sus mayores alicientes intelectuales, mayor que la psicología misma, una especie de parte mayor que el todo al cual pertenece. El signo de los tiempos es, inevitablemente, el de la especialización. Eso no puede discutirse, pero necesita paliarse. A medida que la especialización cognoscitiva avanza, va haciéndose patente también la necesidad de especialistas en la inespecialización. E. Morin lo ha expresado recientemente con una poderosa y retadora frase:

“Como los espíritus están formados en su mayor parte según el molde de la especialización cerrada, la posibilidad de un conocimiento que vaya más allá de esta especialización les parece insensata. Y sin embargo el especialista más estrecho tiene ideas generales de las cuales está seguro, sobre la vida, sobre el mundo, sobre Dios, sobre la sociedad, sobre los hombres, sobre las mujeres. Y de hecho estos especialistas, expertos,

viven de ideas generales y globales, pero arbitrarias, jamás criticadas, jamás meditadas. *El reino de los especialistas es el reino de las ideas generales más vacías, y la más vacía de todas es que no es necesaria ninguna idea general.*

Creo que el conjunto de los escritos de Antonio Caparrós dan cuenta de esa misma actitud globalizadora, capaz de transitar por asuntos diversos sin por ello, necesariamente, transgredir nada (la palabra "generalista" sería perfecta si no estuviera cargada semánticamente de manera negativa y no sonase a insuficiencia o indefinición).

Si hay un sentido en el que su trabajo gira en torno a las múltiples y diversas preguntas y respuestas que la psicología formula, hay otro en el que la propia psicología se convierte en "el problema". Eso requiere trasladarse a un plano de análisis epistemológico. Me parece que es lo que hizo en sus trabajos dedicados al tema de los paradigmas -y la paradigmaticidad- de la psicología, y en los que estudió las tecnologías psicológicas. Y eso supuso un intento absolutamente serio de conectar la problemática epistemológica de la psicología con dos marcos de referencia simultáneamente: el de la filosofía de la ciencia como marco de comprensión y explicación de las disciplinas, y el de la problemática epistemológica de las mismas disciplinas científicas. Se trataba de insertar a la propia psicología entre esos polos de análisis. Quizás la intención era la de normalizarla críticamente, y la de interrogarla concienzudamente y sin acritud. A este ensayo, hecho desde un amplio y sistemático análisis histórico, es a lo que he llamado "afán problematizador".

Los que hemos tenido la suerte de haber disfrutado de las enseñanzas, los escritos, la amistad, el cariño, el estímulo y el ánimo de Antonio Caparrós, hemos gozado de su persona en una doble vertiente muy rara y difícil de compatibilizar: la personal, por su trato, y la intelectual, por su trabajo. Solo nos cabe como respuesta el respeto y la admiración, tanto a una como a la otra.

Referencia

Morin, E. (2000). La mente bien ordenada. Barcelona: Seix Barral